14. ¡A a a a mí, me me me echaron de la casa!

César Augusto Tapias Hernández

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

TAPIAS HERNÁNDEZ, C.A. ¡A a a a mí, me me me echaron de la casa! In: *Historias de familia: Etnografía delirante sobre el amor, la violencia y las drogas* [online]. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2014, pp. 57-61. Textos de ciencias humanas collection. ISBN: 978-958-738-543-4.
<https://doi.org/10.7476/9789587385434.0015>.

All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

14. ¡A a a mí, me me me echaron de la casa!

Sí, pero mientras tanto yo hago la guerra. Buenas tardes.

Alfredo Molano, Siguiendo el corte

El tío Miro terminó su bachillerato gracias a un subsidio que recibía del abuelo. Pero nunca obtuvo el título bachiller. Dado que el colegio en el que se matriculó pasó a hacer parte que la Universidad Autónoma, tuvo que validar primero de bachillerato. Cuando ya lo había cursado, como para demostrar su competencia, ya casi listo a terminar el último grado, y obtener su título... vuelven y le piden que lo valide de nuevo y ahí sí, ¡ya no! A Miro le dio como piedra y más bien se quedó sin graduarse... Quería estudiar derecho o sociología, pero la verdad, y como él mismo lo dice, con eso de la validación le dañaron el caminado.

La historia que viene, la del tío Miro y su salida de la casa del papito, fue posible porque ni él mismo la censuró. Eso me alegró. Nunca me hubiese sentido capaz de preguntarle por las dificultades que se dieron un día en la casa donde creció, y las razones que tuvo para marcharse.

Miro Tales Cárdenas me pareció inquietante desde un día cuando en el balcón de la casa de los abuelos explicó su gusto por fumar, sencillamente porque era algo que parecía muy bacano, es decir vistoso, interesante, de película...: “fumar es muy bacano”.

Bacano, vistoso, interesante, como de película es el tío Miro, que muchas veces aguanta el voltaje de la música de sus hijos... Desde mantener sintonizada Radio-activa (la única de *rock* en Medellín) todo el día hasta en el carro, y escucharles sus ensayos, cargarles sus instrumentos, conectarles sus parlantes para cuando se presentan a sonar su música propia. Son músicos aficionados mis primos Andy y Dany; pero, además, ante todo precavidos. No esperan vivir de la música, así que

no es lo único que hacen. Andy estudia publicidad, y Dany, tercer año derecho... ¡A lo mejor termine un día de fiscal!

Tocan *rock* duro, y el tío Miro como un cómplice lo disfruta, aunque preferiría que sus hijos tocaran algo caliente como la salsa: “¡Hasta les compraría saxos y más percusión!”.

Mi tío dice que los hijos le salieron músicos por el bisabuelo materno que cantaba en las iglesias. De pronto no le atribuye mucha importancia a que él mismo siempre haya querido aprender a tocar guitarra. El papito Fonso le dio una guitarra que apenas rasguñaba, y con la que Andy soñaba ser una estrella del *rock* cuando apenas era un niño. Entonces Miro le regaló una eléctrica, pero con la condición de que se pusiera más atento en el estudio. Al respecto, con los años Andy no deja de relajarse como Dani de esforzarse.

Con el abuelo Fonso, el tío Miro siempre tuvo una buena relación, tan abierta y sin trampas, como para contarle sin rodeos que le había sido aceptado su ingreso a las filas de la guerrilla urbana del M-19. Todo era resultado de las ideas que le habían metido sus profesores en torno a Marx y Lenin... Aunque al principio Miro comenzó a decir mentiras frente a las llamadas que recibía de sus camaradas, leyendo y leyendo mucho y saliendo por ahí, se decidió y el papito Fonso le dijo: “¿te estás embobando o qué?”.

Se le enojó, y el día en que mi tío pensaba irse para el monte, papito le dio una pela y no lo dejó salir ni siquiera al balcón. A los días asumió que el verdadero trabajo de campaña era salir de casa, ser útil a la familia: se metió a empacar aceite para carros, luego fue hasta el municipio de El Bagre a administrar un almacén de ropa, que era propiedad de un tío materno suyo...

—Le conseguí plata y me echó. Los envidiosos que no faltaban, le decían que yo ¡me la ganaba toda!

Hoy, después de todos los años de la vida, bien jubilado de la Electrificadora de Antioquia, veo al tío Miro al volante de una Trooper roja, apenas alcanzando los pedales, y con un libro de historia en el asiento el copiloto, la *Europa de Hitler*: “de pronto se lo roban a uno en una pesca milagrosa, de esas que hacen por esta carretera, y ahí está libro para distraerse”.

Reímos... Mientras observo el paisaje, de camino a su casa, en el oriente de Antioquia, el tío me dice que si me agarra por ahí cualquier grupo de personas armadas, que no me las dé de sociólogo: “ya el discurso no importa, ni la forma ni el método, de pronto lo confunden, y ¡lo pegan!”.

De la casa de mis abuelos ya se habían ido su hermano mayor Alberto, o sea mi papá, y la tía Hael. Ambos resolvieron casarse muy temprano, entonces las cabezas visibles venían siendo Melia y Miro. Con la tía Melia fue la pelea por la cual el tío Miro tuvo que irse de la casa de los abuelos, irse definitivamente, aunque la familia de su novia —luego esposa— viviera en frente... A veces hay que dar la vuelta al mundo para estar del otro lado de la calle, frasea la película *My Blueberry Nights* (Wong Kar-wai, 2007).

—Melia empezó a andar con un *man* que la visitaba, y entraba a la casa... como se dice, como Pedro por su casa. A mí eso no me gustaba. Pasaba por encima de mi amá como si nada, sin determinarla. Yo me quejaba y le decía lo de Melia a mi papá, pero nada. Un día no pude más, mi hermana y yo discutimos, ¡y le pegué! Yo mismo fui a donde mí apá, que trabajaba en un centro de bombeo de agua cercano a la casa: le conté lo sucedido, y a él le pareció que lo mejor era que me fuera de la casa.

Desde entonces, el tío Miro ha preferido el campo a la ciudad. Se fue a arrancar papa, y después adonde una tía paterna en el municipio de Bello: “cuando eso, el municipio de Bello todavía era un potrero”, y esto hasta que un amigo del abuelo lo ayudó a colocarse en la Electrificadora. Se casó con su novia, Elda, y se fueron al suroccidente del departamento, a los municipios de Frontino y Santa Fe de Antioquia, y luego al oriente, Marinilla y otra vez Medellín... Retrospectivamente, el tío dice sentirse bien, pues tiene una familia. Le molestó mucho haberse alejado de sus padres y no ver crecer a sus hermanos menores... pero como el camino por donde vamos, todo quedó atrás... Adelante solo está lo que no ha llegado.

—Después de que murió Ed, supe que le gustaban las drogas y el gatillo; nunca llegué al matrimonio de ninguno. Seguro me invitaron, pero no vine a ninguno. Lo más que hacía era llamar por teléfono y preguntar por la gente. Muy tarde me enteré de las andanzas de mi hermano H, y que también Melia se había ido de casa. Pero mejor que todo ocurrió así. Si hubiese estado allí en esos momentos, en cada momento, no sé cómo hubiese reaccionado.

Sin duda que tomar distancia de la familia resultó benéfico para Miro y su esposa. Edificaron su hogar, como todos, con lo bueno que traían, evitando lo malo que sabían que tenían... Así, sus hijos y los de sus hermanos, retoñaron, crecieron, y hoy estamos aquí hablando de todo eso... y la gran pregunta que siempre le tenía, viéndolo siempre enfrente de la casa los abuelos, pasando por ratos a saludar, pero nunca a quedarse... se la pude por fin hacer: ¿por qué nunca pasabas a casa de los papitos?

—... A a a a mí, me me me echaron de la casa, entonces... ¿para qué quedarme?

De regreso a la autopista, mirando los alrededores... el tío me dice quién está de cada lado: “los paramilitares por allí, los guerrilleros del ELN por aquí, los de las FARC-EP por allá... los del Ejército por acá... Utilizan toda esa arboleda para esconderse, de por estos sitios salen a San Vicente, a Guatapé, a San Luis... Lo aconsejable por acá es no hablar mal de nadie, así que ¡pilas con lo que escribe!”.

La familia como objeto de debate y estudio cobró importancia en el fin del siglo XX dentro de ópticas que reconocieron recientemente su interrelación con una multiplicidad de procesos que la rescatan del mundo privado: Linton (1965), Gutiérrez de Pineda (1968), Beauchamp y otros (1977), Berger y Kellner (1983), Rico de Alonso (1986) y Henao (1995). La relación de la familia con otros fenómenos sociales que afectan sus formas convencionales de organización, como la ruptura y la recomposición conyugal, los hogares monoparentales, la reducción de la fecundidad y el impacto de la migración y la urbanización sobre el espacio habitacional, el desempleo, el empobrecimiento, etc. todo un continuo de violencias presentes día a día (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004), cuyas interacciones se manifiestan por medio de la comunicación, permiten observar los conflictos, las reglas y las normas que regulan la homeostasis del sistema familiar, ya que el comportamiento de cualquier elemento del sistema lo altera en su totalidad (Macías, Paternina y Vargas, 2014). De este modo, la familia y estos fenómenos aparecen confundidos como causa y efecto, de allí la perspectiva dialéctica bajo la que se leen drásticas modificaciones en los roles y en las relaciones de poder entre hombres y mujeres, entre jóvenes, ancianos y adultos.

En 1965, Ralph Linton, uno de los primeros antropólogos culturales que observa la familia, llevó a cabo un estudio comparado entre sociedades primitivas y sociedades contemporáneas en torno las formas de organización de las relaciones sexuales y parentales, en cuanto núcleos de convergencia o de coincidencia de muchos pueblos sin contacto unos con otros a lo largo de la historia, con soluciones culturales de corte sistémico: el sistema familiar se encuentra compuesto por diferentes subsistemas, entre los que se destacan el subsistema individual, conyugal, parental y fraternal; pero tras dicha convergencia se oculta un problema que no fue una grave preocupación para Linton ni para algunos de los posteriores antropólogos que transitan los caminos abiertos por él; se trata del problema de una suerte de naturaleza humana que se adivina más allá de la cultura, tal vez como un

foco de irradiación de la creatividad del hombre, pero también como un núcleo de selección entre las formas posibles ensayadas y de atracción convergentes hacia las que demostramos históricamente una mayor idoneidad para resolver nuestros problemas (Henao, 1995).

Esa naturaleza humana, así entrevista, quedará como flotando más allá de la cultura, en buena parte confundida con ella, sin desconocer que el ser humano es un animal cultural, que la cultura permite un método eficaz de adaptación a la naturaleza a través del lenguaje simbólico y de la técnica, cuyo primer escenario es la horda. Así, la diferencia entre naturaleza y cultura es la diferencia entre lo congénito y lo adquirido; entre genes y memes (rasgos genéticos y rasgos culturales); entre lo almacenado en el genoma, el órgano de la naturaleza y en el cerebro, el órgano de la cultura, de la moral. De tal forma, vemos que la cultura determina gran parte del proceso de individuación, crecimiento, cambio y socialización de las familias, por lo que resulta imprescindible recurrir a la sociología y la antropología para conocer la cultura de estos grupos y así comprender sus actuaciones, sus maneras de relacionarse y de enfrentarse a la vida.

Desde este parámetro, Hernán Henao (1995), uno de los antropólogos colombianos más interesados en la familia, la propone como un ángulo de mira, por cuanto es una de las instituciones sociales a las que se le ha fijado el papel socializador o endoculturador: la familia como espacio para la intersubjetividad y donde se funda toda relación ética, según propone el filósofo francés Onfray (2008).